

## TRIUNFO DE CARAMBOLA

ANTONIO RAMOS ESPEJO

**L**o que más recuerdo de *Triunfo* es la emoción que sentía, sobre todo en mis comienzos, cuando iba al quiosco de prensa de la Plaza de la Trinidad de Granada, y lo compraba. Pasaba las páginas con avidez y me quedaba clavado cuando veía mi reportaje. Algunas veces me quedaba en la portada, donde había una llamada o la página completa. Para un periodista de «provincias», sin pertenencia a alguna tribu periodística o política, salvo a los periodistas que circunstancialmente me fui encontrando, esa emoción estaba más que justificada. Había tenido suerte. Aunque ya fuera un reportero más o menos reconocido en *Ideal*, donde estaba en esos momentos, *Triunfo* representaba un salto de calidad. Tenía la revista como un lujo y le hacía un hueco a mi tiempo, entregado casi por completo a mi nómina del periódico granadino de la Editorial Católica, que me había brindado la posibilidad de publicar algunas de las series de reportajes para toda la cadena, incluido el *Ya*, de Madrid. Subrayo estas palabras introductorias para regresar a los orígenes de mi entrada en la revista de José Ángel Ezcurra. Todo fue una carambola.

Digamos que me hice periodista de carambola en carambola. Hasta llegar a ese puerto en el que hoy nos

encontramos, retrocedo a unos momentos previos. Allá por 1967, mi amigo y paisano Andrés García Maldonado, que trabajaba ya, siendo un chaval, en aquel *Sol de España*, que venía del *España de Tánger*, y cuyo primer director, fugaz, fue Eduardo Haro Tecglen y después Cándido Calvo; el periódico, que llega con cierta vitola liberal, venía a abrirse un hueco en Málaga. Como no pudo instalarse en la capital donde reinaba el *Sur*, cabecera del Movimiento, lo hizo en Marbella en esa primera etapa. Andrés, que hoy es presidente de la Federación de Periodistas de Andalucía (y presidente de la de Málaga), trabajaba en la delegación de la capital y se había enterado que hacía falta un redactor (yo no tenía aún la carrera terminada), para hacer una página diaria de Torremolinos. Aquel Torremolinos pujante y escandaloso de Le Fiacre, el garito que había despertado la curiosidad sociológica de Alfonso Carlos Comín en *Noticia de Andalucía*, antes de inaugurarse Piper, Tiffany's, de aparecer Los Gritos de Manolo Galván, *Los días de viejo color* de Pedro Olea...

Ese mismo día llamé por teléfono a Marbella. Al día siguiente me encontré en la redacción con Cándido Calvo, el director, y los dos redactores jefes: Rafael de Lomas y Paco Redondo. Nunca había pisado formalmente una redacción. Creo que les caí bien y me animaron a enfrentarme a ese reto: una página diaria de Torremolinos. Se publicaría en la última página: «...Y siempre Torremolinos». Sólo tenía que buscar un local y un fotógrafo. Mi acierto fue dar con Francisco Bóveda y sus dos hijos mellizos (Paco y Vicente), que echarían una mano cuando el padre no pudiera acompañarme. Una semana después me «hice periodista». Yo no sabía ni el alcance de la movida que me esperaba. Tenía hecho filosofía y unos

**En los primeros meses de 1975, Chumy Chúmez me dice que debería escribir en Triunfo. Ahí es donde se produce esta gran carambola de mi vida**

cursos de Turismo. Me sentí fuerte, no sé cómo, pero tener unos comienzos así, de inconsciente osadía, tiene sus ventajas e inconvenientes, y me hacía sospechar que yo servía para este oficio.

### **El amigo Chumy**

En esa selva de personajes de todo tipo, un día, no recuerdo cómo, me tropecé con Chumy Chúmez, José María González Castrillo, uno de los grandes humoristas gráficos. Nos hicimos amigos. Y ya brevemente, sin más circunloquios: Chumy me conecta con Miguel Ángel Gozalo, subdirector del periódico *Madrid*; y ahí que me veo en mi primera plataforma nacional, sin abandonar *Sol de España*. Dos o tres años después, ya en la redacción de Málaga, por la que habían pasado, además de Andrés y Paco Cañete, Carmen Rigalt, Marcelino Martín Arrozagaray... percibí que tenía que cuidar de mi formación, ampliar estudios de filosofía. Y lo hice.

Me encontré en Roma a Melchor Saiz-Pardo Rubio (después mi director en *Ideal*), granadino, que era delegado de la agencia Efe. Me abrió las puertas, pero necesitábamos un aval en Madrid. Ahí estaba Chumy de nuevo; y también Miguel Ángel Gozalo. Así fue cómo un jerarca amigo de la agencia le dio a Melchor el OK para mi incorporación a Efe. En esta redacción fue donde yo solté mi ropaje «poético» para abrazar las bases más elementales del periodismo: la noticia, la noticia en una agencia. La singladura de Roma y todo lo que viene detrás es otra serie de carambolas que me llevarán al destino de *Triunfo*. A Melchor lo nombran director de *Ideal*. El verano de 1971, mi

jefe, al frente de un periódico de categoría, me invita a pasar algo más de un mes en la redacción, me lanza como reportero (de ahí salió el primer reportaje de las caras de Bélmez...). De regreso a mi destino en Roma, a Luis Blanco Vila (entonces corresponsal de *Ya*), lo nombran director de *Ideal Gallego*. De Efe doy el salto a la corresponsalía que deja el amigo gallego.

Un año después me encontraba ya de reportero con Melchor en Granada. El diario *Madrid*, dirigido por Antonio Fontán (años más tarde, con la democracia sería miembro destacado de UCD, primer presidente del Senado y ministro), con Gozalo de subdirector, que era mi ventana al exterior desde Andalucía, se había cerrado por orden de Franco.

### **Víctor recoge el testigo**

Pasan algunos años, de nuevo Chumy, en los primeros meses de 1975, me dice que debería escribir en *Triunfo*. Y ahí es donde se produce esta gran carambola de mi vida. Mi amigo y protector Chumy le entrega una carta mía a Víctor Márquez. Fue el testigo de un amigo entregado al que desde entonces sería mi aval, mi amigo y mi protector en la revista. Víctor fue mi redactor-jefe. Me había abierto la puerta grande de *Triunfo*. José Ángel Ezcurra me hizo un recibimiento entrañable, lo mismo que César Alonso de los Ríos, el otro redactor jefe de la revista, y poco a poco me fui ganando el reconocimiento de Eduardo Haro Tecglen.

Víctor, ya como mi guía y maestro, cuida mis primeros pasos, me anima a transitar por esta publicación sin com-

plejos. Allí crecí y adquirí una dimensión nueva como reportero. Entonces, Antonio Burgos, que era una firma valorada, autor de *Andalucía, ¿tercer mundo?*, se ocupaba en general de toda Andalucía, con más presencia de la occidental. No hubo entre nosotros un reparto de territorio; se suponía que yo atendería más a la parte oriental. Pocos años después, Burgos, que adquiere más presencia en *ABC* de Sevilla, abandona las páginas de *Triunfo*. Desde entonces, me ocupo de toda Andalucía hasta el cierre de la publicación, como hacía Manuel Campo Vidal desde Barcelona.

Con Víctor la presencia de andaluces en la revista era notable. Aparte de Burgos, más veterano, y yo, que estábamos más pendientes de la actualidad, como suele hacer un corresponsal, había otras firmas destacadas. Como la de Ian Gibson, quien, aunque era irlandés, con el tiempo adquiriría la nacionalidad española con acento andaluz. Gibson había publicado en Ruedo Ibérico (París, agosto de 1971) *La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca*, una obra prohibida como todas las que salían con el sello de esa editorial, y que fue abanderada de *Triunfo* para alzarse con el Premio Internacional de Prensa de Niza en 1972. El jurado estaba compuesto por las revistas *Newsweek*, *Der Spiegel*, *Triunfo*, *Le Nouvel Observateur*, *L'Espresso*, *Nin* y *The Observer*.

Por *Triunfo* desfilan firmas andaluzas, de las que da cuenta José Romero Portillo en esta obra. Con algunos de estos compañeros nos dimos cita, con Víctor Márquez de padrino de las jornadas sobre «*Triunfo* y Andalucía. Una revista abierta al Sur»: José Antonio Gómez Marín, José María Vaz de Soto, Antonina Rodrigo, José Aguilar, José Acosta Sánchez, Eduardo Castro...

## Tres nombres de Córdoba

Me quiero detener en la figura de José Aumente Baena, autor de aquel artículo-denuncia: «¿Estamos preparados para el cambio?» (n.º 656, 26-IV-1975), sobre el que recayó la implacable censura franquista: el autor y el director fueron procesados y la revista cerrada cuatro

meses. Durante mi estancia en Córdoba tuve la oportunidad de tratar más con este intelectual íntegro, al que dediqué estas palabras el día de su muerte:

«Te recuerdo en la primera imagen tuya que guardo en la memoria. Fue en Granada, allá por el año 1975. Estaba el aula magna de la Facultad de Medicina totalmente abarrotada, hasta en los pasillos había estudiantes y trabajadores sentados, en aquella extraña alianza en la que todo valía contra el franquismo agonizante. Tú estabas en la puerta de entrada, con un portafolios bajo el brazo y la timidez a flor de piel. Todavía no habías escrito el artículo “¿Estamos preparados para el cambio?” y ya eras una voz conocida y valiente. Después te inundaron de aplausos y comenzaste a hablar de Andalucía y del poder andaluz, algo que sonaba entonces a escandaloso y revolucionario. No habías querido ser ni un héroe ni una personalidad notable. Sólo pretendías tener el pulso firme para comunicar tu mensaje. Aquel público que te aplaudía con ilusión y rabia quería más palabras guerrilleras, más ardor en la refriega. Tú sólo comunicabas las ideas, les enseñabas que había una alternativa diferente en una tierra plagada de injusticias» («Carta a José Aumente Baena», *Córdoba*, 8-XI-1996).

Carlos Castilla del Pino fue una firma de prestigio en la revista de José Ángel Ezcurra. Como reportero, lo que más me ha llamado la atención es cómo un psiquiatra, que estaba asomado a la mirada política contra el franquismo, cuyos escritos se miraban con lupa, brinda un reportaje, a pie de la realidad, con una enorme carga de denuncia: «Apresúrese a ver Córdoba» (n.º 538, 20-I-1973). Es un título que queda grabado para generaciones de periodistas e intelectuales que se han preocupado por el urbanismo. El artículo terminaba:

«Alberto Moravia dijo hace años que Córdoba era la ciudad más bella del mundo. Por principio, hay que considerar esta frase inexacta. Sólo en un arrebato disculpable puede emitirse, porque, de hecho, nadie, ni Moravia, ni Fidiás redivivo, posee una vara para dictaminar sobre medidas estéticas. Yo me limito a decir que Córdoba me parecía muy bella y que, para mí también, no era intercambiable. Si usted, querido lector, pretende tener idea de lo que Córdoba era nada más que hace diez años, ha de apresurarse. Porque de algo de lo que fuera puede no quedar huella alguna cuando venga, o, por el contrario, puede hallarlo todavía, pero bajo la forma de esperpento».

Al gobernador de turno no se le ocurrió otra cosa que quitar de la circulación la revista *Triunfo*. Años más tarde, cuando el autor escribe sus memorias, comenta en *Casa del olivo* (tomo que seguía a *Pretérito Imperfecto*) la polvareda que se lió en Córdoba con el artículo:

«El gobernador civil mandó a la policía comprar —no había razón que justificara la retirada de la edición— todos los ejemplares que llegaban a los quioscos. Pero los quiosqueros, para responder a la demanda, los pedían de nuevo, de modo que el empeño del gobernador resultó inútil y ridículo. Aunque el artículo era una denuncia en toda regla de lo que estaba pasando, consentido y favorecido por los patriotas de turno, gente conservadora estaba de mi parte y me llamaba o me detenía en la calle para felicitarme. Por lo pronto, el proyecto inmediato de derruir el palacio del marqués de Benamejí se abortó. Aún sigue en pie. El alcalde, Antonio Cruz Conde, y su concejal de 'demoliciones', Pascual Calderón (más tarde gobernador civil de Jaén, luego director

general de Trabajo) debieron de tomar nota de que, si continuaban, saltaría el escándalo, y en España convenía que 'no pasara nada', y, si pasaba, que no se supiera».

Aunque no escribió, que yo recuerde, en *Triunfo*, Antonio Gala completaba ese trío de antifranquistas y demócratas que actuaban desde Córdoba. Desde las páginas de *Sábado Gráfico*, después lo haría desde *El País*, *El Mundo* y otras publicaciones, el dramaturgo cordobés era una de las firmas más punzantes con el régimen y defensora de las libertades. Gala probó en más de una ocasión la cicuta de los censores en algunos de aquellos artículos, como el referido a «Las viudas» (6-V-1976). Franco había muerto y quedaban las viudas (o los herederos) para seguir mangoneando y chupando del bote. La revista fue secuestrada, pero de aquel artículo se hicieron miles de copias. Arias Navarro se la tenía sentenciada al cordobés y la extrema derecha pintaba en los paredones su sentencia de muerte. Hasta el punto de que por esos días el dramaturgo andaba casi perdido por tierras murcianas, cuando se corrió la voz de que había sido asesinado. Cuando Fraga creyó que era verdad, reaccionó a su manera:

«Joder, otro Lorca —dijo— y vomitó el desayuno», recuerda la supuesta víctima. Y añade: «Murcia organizó una salve en acción de gracias ante la Virgen de la Fuensanta porque yo no había sido asesinado allí. No lo olvidaré. Ni olvidaré el titular de *La Verdad*, en primera plana, a toda orquesta, 'Antonio Gala no ha sido asesinado en Murcia'».

## **Líneas de trabajo**

Visto ahora, con la perspectiva del tiempo, me pregunto muchas veces qué hacía un reportero en una revista cargada de intelectuales de prestigio, politólogos, sociólogos, filólogos, historiadores, hispanistas... Al margen de los obligados temas de actualidad, me di

cuenta que mi hueco era el reportaje y mi agenda se configuraba totalmente libre, así me lo hizo saber Víctor Márquez. Tenía por delante un campo de trabajo que debía cultivar y con cierta perspectiva. En torno a lo que yo llamo, y supongo que algunos teóricos lo harán también —aunque con la salvedad de que en la catalogación de los géneros, los periodistas, reporteros, editorialistas, articulistas, somos los que marcamos la pauta con nuestras aportaciones, después vendrán los intérpretes—, el gran reportaje histórico y a la vez de actualidad. Me tracé unas líneas propias de trabajo. Era como darle siempre vueltas a la misma noria, con la ventaja de que esa noria tenía un manantial inagotable de agua y una plataforma, la revista, para soportarla.

De esa noria brotaban la historia y la actualidad andaluzas, sus grandezas y sus miserias. También los personajes de la historia con sus reflejos en nuestro tiempo; y como en épocas pasadas, los andaluces que sufrieron y sufren los rigores de la represión en sus luchas por la libertad y contra las injusticias que sumían al pueblo en el subdesarrollo y la expulsión de su tierra hacia el exilio o la emigración.

En cuanto a mi apuesta firme por Andalucía, que ya había iniciado en *Sol de España* («Andalucía, paso a paso, pueblo a pueblo», animada por Cándido Calvo), se fomentó y orientó con más razón de ser, por las influencias que viví con compañeros de la oficina de la Stampa Estera (donde estábamos los corresponsales sin oficina propia, como era mi caso como corresponsal de *Ya*, no así cuando estuve en *Efe*, con delegación propia), como un compañero croata, una corresponsal chi-

lena, aparte de otros periodistas italianos, comprometidos con la defensa del maltrato que recibía el Mezzogiorno o Mezzodía, relegado al subdesarrollo frente a las regiones del norte de Italia. Andalucía estaba ahí, como nos la describía Alfonso Carlos Comín, o la Andalucía vista por Juan Goytisolo en *Los campos de Níjar*, que había encontrado en una librería romana. Con ese círculo de periodistas tomé aún más conciencia de la importancia de cultivar la pequeña parcela de cada uno, la identidad, la defensa de la tierra que te cobija. «Nadie ama a su patria porque es grande, sino porque es suya», sentencia Séneca.

Cuando llegué a *Ideal* me dediqué a hacer reportajes sobre Andalucía. Mi perspectiva en *Triunfo* se mantenía viva, con un impulso y compromiso aún más fuerte porque el mensaje se ampliaba en una revista nacional. Una plataforma en la que adquirirían una dimensión mayor de denuncia los reportajes sobre subdesarrollo y represión. ¿Por qué habían muerto los tres albañiles en la manifestación de Granada en 1970? ¿Por qué muere Javier Verdejo Lucas cuando hacía la pintada «Pan Trabajo y...» en un muro del Zapillo de Almería en 1976? La represión no surgía por generación espontánea; era un goteo continuo, en la historia, y desgraciadamente, en la Andalucía que había estrenado democracia. Esa situación queda expresada en la portada de *Triunfo*: «Andalucía: Autonomía y muerte» (n.º 776, 10-XII-1977). En un encuentro sobre *Triunfo*, celebrado en Sevilla 2000, cuando Eduardo Haro —estaban allí Ezcurra, Vázquez Montalbán, Víctor Márquez, José María Conget...— me vio, con gesto cari-

**Triunfo  
era una  
plataforma  
en la que  
adquirían una  
dimensión  
mayor de  
denuncia los  
reportajes  
sobre  
subdesarrollo  
y represión**

ñoso, me dijo: «¿Te acuerdas?». Y me dio la revista con esa portada que me la traía por si no la conservaba. Vaya que si la tenía; la guardaba como oro en paño.

De toda esa visión de conjunto sobre Andalucía nace mi libro: *Andalucía, campo de trabajo y represión*, al que sigue *Pasaporte andaluz*, sobre la emigración, con reportajes de *Ideal* y *Triunfo*. El ensayo de reportaje con la perspectiva histórica y actual surge con «Todos somos Seisdedos» (*Triunfo*, 20-I-1978) sobre la familia de Curro Cruz y aquella matanza de 1933 en Casas Viejas. Con personajes que parecían estar esperando a un reportero para remover con sus testimonios los cimientos de aquel crimen. En ese viaje encontré a Juan Pérez Silva, hijo de María Silva 'La Libertaria', que se había salvado de aquella muerte, pero no de la segunda, ya en 1936; Manuel García Franca, aquel muchacho (trece años) que, junto a María, se había escapado de la choza en llamas; o Mercedes Cruz, hija de Seisdedos, todavía de luto intenso. Todos ellos hablaban por primera vez y lo hacían para estas páginas de *Triunfo*. De ahí surge, ampliado, *Después de Casas Viejas*.

Había que seguir profundizando sobre la figura de Federico García Lorca. En la línea que lo hacían Gerald Brenan, Couffon, Marcelle Auclair, Ian Gibson... La entrevista con Angelina Cordobilla, la mujer que le llevó comida y ropa al poeta antes de la muerte, fue uno de mis primeros trabajos para la revista, al que precedió la denuncia que formuló Francisco García Lorca ante el intento del Ayuntamiento granadino de invadir parte de la Huerta de San Vicente con un vial de la nueva circunvalación. Esa voz de alarma caló en numerosos hispanistas de todo el mundo

que se solidarizaron con el hermano del poeta. Aquel proyecto quedó en vía muerta. Sin embargo, años más tarde, y ya con un Ayuntamiento democrático y socialista, la Huerta de San Vicente no se escapó de ser violada por la autovía que atraviesa la Vega granadina.

Buena parte de mi actividad investigadora gira aún en torno a García Lorca, como una fuente inagotable. De los tres grandes reportajes (por la extensión), que publiqué en *Triunfo*, sobre la trilogía rural, los personajes y escenarios, que sirvieron de inspiración al dramaturgo de Fuente Vaqueros (*Bodas de sangre*, *Yerma* y *La Casa de Bernarda Alba*), quedaría reflejada en *García Lorca en los dramas del pueblo* (reeditado en 2011 por el Centro Andaluz del Libro).

Otra obra que lleva la marca originaria de *Triunfo* es *Más lloraron los reyes andaluces*, con los reportajes, en parte compartidos con *Ideal*, sobre la búsqueda de las raíces y los exilios africanos de los dos últimos reyes de Granada y Sevilla: Boabdil (Tetuán, Fez, Xauen...) y Al-Motamid en Agmat (cerca de Marrakech). En estos viajes seguí la huella de Blas Infante, que en 1924 había hecho ese recorrido. Llevaba copias de las fotos que la familia (Luisa y María de los Ángeles) me había facilitado y que ilustraban los encuentros que su padre había tenido con los supuestos herederos de Boabdil y Al-Motamid.

A veces confluyen esas líneas de investigación que el reportero se traza; o dicho de otra forma, los personajes que el viajero lleva en su mochila y que forman parte de su identidad salen a su encuentro. Me ha ocurrido en algunas ocasiones. Con las familias de Curro Cruz 'Seisdedos' y Blas

Infante. Recordé en *Triunfo* «Aquel rosal de Seisdedos que plantó Blas Infante» (n.º 883, 29-XII-1979). Comenzaba el reportaje: «Alegría, la hija más pequeña de Blas Infante, recuerda cuando su madre y ella cortaban las flores del rosal de Seisdedos. Luisa, que es la mayor, ermitaña y guardiana del andalucismo, saca del arcón la bandera de su padre. María de los Ángeles me detiene junto a una puerta y me dice: 'Aquí fue donde mi padre dijo: Es la primera vez en mi vida que soy detenido y corregido...'. Luis Blas, el único hijo varón, no está ni en Coria, como Luisa, ni en Sevilla, como María, ni en Lora como Alegría. Porque Blas es emigrante en Holanda...» (allí lo encontré, como puede consultarse en *Triunfo*, n.º 897, 5-IV-1980).

«El rosal de Seisdedos», título del artículo que el médico anarquista Pedro Vallina le había dedicado a su amigo Infante, recordando la presencia del notario de Casares en el corralito de la choza incendiada de Curro Cruz, de donde recogió un tocón aún humeante que después plantó en su casa de Villa Alegría en Coria del Río. Con el tiempo, el rosal se secó. Juan Pérez Silva, informado de la desaparición de aquel rosal, me expresó en varias ocasiones su deseo de plantar uno igual en el jardín de la casa de Infante. El sueño del hijo de María Silva se cumplió.

El 9 de diciembre de 2010, Juan, experto jardinero, salió de su domicilio en San José del Valle (Cádiz). En Villa Alegría lo estaba esperando María de los Ángeles Infante, junto a Carmen Mejías, directora del Centro de Estudios Andaluces, que había propiciado el encuentro. Ese día se selló el abrazo entre las familias de Curro Cruz y Blas Infante. Volvía a brotar la planta de

rosas blancas. Hacía más de treinta años que *Triunfo* se había hecho eco en sus páginas de aquella historia que ahora se volvía a retomar. Cuando llega un momento así, es cuando el reportero se siente realizado. Aquello no fue una carambola del periodista para llamar a las puertas donde Chumy Chúmez le había puesto en manos de Víctor Márquez. Aquello significaba los designios de la historia y una muestra para recordar el testamento de rebeldía y libertad que *Triunfo* nos había entregado hasta su muerte. Como lo recuerda José Ángel Ezcurra:

«Las campanas doblaron por aquella obra de mil semanas. La revista que había resistido a la censura, a la represión y a la mordaza del franquismo, se disolvía en plena democracia y expiraba tres meses antes de que la izquierda de entonces, nominal hoy, obtuviese la mayoría absoluta en las elecciones generales de octubre del 82».

**Hacía más de treinta años que *Triunfo* se había hecho eco en sus páginas de «Aquel rosal de Seisdedos que plantó Blas Infante», historia que ahora se volvía a retomar**